

«Isabel Araya Alemparte y José García Gatica, voluntarios autores, autores voluntarios, asumieron un compromiso de memoria con los 16 asistentes regulares a la cita de los martes en la biblioteca, incluidos tres que ya no están en este mundo: recoger sus historias de vida y publicarlas en un libro que revelara su conciencia de ellos mismos, su unicidad y originalidad de seres únicos y distintos a los demás. Un tremendo documento de identidad para esos hombres que se vitalizan, unen y cobran sentido compartiendo sus acontecidas trayectorias en el taller de lectura de la Casa de Acogida de Estación Central». Ximena Torres Cautivo

Hay que haber empezado a perder la memoria, aunque sea sólo a retazos, para darse cuenta de que esta memoria es lo que constituye toda nuestra vida. Una vida sin memoria no sería vida, como una inteligencia sin posibilidad de expresarse no sería inteligencia. Nuestra memoria es nuestra coherencia, nuestra razón, nuestra acción, nuestro sentimiento. Sin ella no somos nada. Luis Buñuel

y me acompañan mis queridos icebergs translúcidos: / el silencio y el espacio... Phillip Larkin

*¿Renunciar a la filosofía porque soy viejo?—se pregunta.
Es al llegar a la meta cuando aceleras más.* Diógenes de Sínope



Los martes en la biblioteca. Dieciséis relatos y poemas de la Casa de Acogida de Hombres, Estación Central

Isabel Araya Alemparte y José García Gatica

LOS MARTES EN LA BIBLIOTECA.

Dieciséis relatos y poemas
de la Casa de Acogida
de Hombres, Estación Central

Isabel Araya Alemparte
y **José García Gatica**





BIBLIOTECA

Los martes en la biblioteca

Dieciséis relatos y poemas
de la Casa de Acogida
de Hombres, Estación Central

Los martes en la biblioteca.

Dieciséis relatos y poemas de la Casa de Acogida de Hombres, Estación Central

© Dirección de Comunicaciones de Hogar de Cristo, 2019

© Isabel Araya Alemparte y José García Gatica.

Diciembre, de 2019

ISBN 978-956-7446-10-0

Textos: Isabel Araya Alemparte y José García Gatica

Edición: Ximena Torres Cautivo

Dirección editorial: Rosario Garrido

Asistente editorial: Jocelyn Peña

Diseño: Juan F. Mercerón

Fotografías: Julio Vidal Vargas

Edición limitada. Prohibida su venta.

Impreso en Chile por Lom

Los martes en la biblioteca

Dieciséis relatos y poemas
de la Casa de Acogida
de Hombres, Estación Central

**Isabel
Araya Alemparte y
José
García Gatica**



Índice

Prólogo de Juan Cristóbal Romero *p.9*

Nota de la editora *p.13*

Un taller de lecturas *p.15*

Nuestro álbum *p.55*

Dieciséis relatos y poemas

Parte I

José García Ramos p.21

Ricardo Álvarez Seymour, «El Gringo» (†) p.24

Parte II

Miguel Ángel Araneda Flores p.29

Humberto Alejandro Espejo Araya p.31

Roberto Fonseca Alarcón p.33

Luis Flores Núñez p.35

Geofir González Fuentes p.37

Juan Carlos Guzmán Castro p.39

Mario Reinaldo López Aguilera p.41

Oswaldo Mellado Bobadilla (†) p.43

Adalio Morales Maldonado p.44

Patricio Muñoz Díaz p.46

Adrián Sazo Durán p.47

Ramiro Sepúlveda Sazo p.49

Luis Antonio Valdebenito Román p.51

Humberto Francisco Vargas Aguilera (†) p.53

Prólogo

Juan Cristóbal Romero

Lo dijo en un evento público, donde era la estrella: el lanzamiento de Piensa en Grandes, un fondo de innovación social para impulsar proyectos que mejoren la calidad de vida de los adultos mayores. Isabel Araya Alemparte, voluntaria de la Casa de Acogida de Hombres, escritora, hija de escritor —Enrique Araya, el autor de *La Luna era mi Tierra*— y madre de escritores —el popular Rafael Gumucio, su hijo mayor, y Salvador Young, el menor—, afirmó: «Los martes en la biblioteca pasa de todo, pero nadie se entera. Parece que confían en nosotros, porque nunca se ha asomado por allí un jefe, una autoridad. Es bueno que sea así, porque en el taller literario hasta bailamos. Claro, que una mujer tan estupenda como yo, debe cuidarse, no exponerse demasiado, por eso, yo siempre bailo con el abrigo puesto», dijo con ese humor encantador que la caracteriza.

Así fue como me enteré que Isabel baila con Geofir, el jardinero; con Luis, el pintor de mandalas; con Juan Carlos, una verdadera enciclopedia ambulante. Y que no lo hace con Pepe, porque tiene mala la cadera y se mueve a uno por hora; ni con Adalio, que padece artrosis; ni con Humberto, uno de los tantos que se movilizan gracias a «un burrito». Tampoco baila ya con el «Gringo», ni con Osvaldo ni con otro Humberto, porque se nos fueron, dejando parte de sí mismos en este cálido espacio de convivencia que han logrado crear Isabel y Pepe.

Dueña de un maravilloso don de gentes, Isabel Araya, y su gran amigo José García Gatica, geógrafo y marido de una de sus grandes compinches, resolvieron hace ocho años aprovechar su condición de jubilados para ayudar a otros una vez a la semana. Tal como lo explican ellos mismos en la Introducción de este libro, estaban dispuestos a hacer lo que fuera. Así fue como iniciaron su andadura en el Hogar de Cristo siendo acompañantes

de los hombres mayores de 50 que pernoctan o viven aquí, en la Casa de Acogida de Hombres, la mayoría personas que han conocido la crudeza de la vida en la calle. De llevarlos al control en el consultorio o ayudarlos a hacer un papeleo para conseguir algún beneficio social, pasaron a inventar un taller de actualidad, que iría mutando hasta convertirse en lo que son hoy los encuentros de los martes en la biblioteca, donde pasa de todo.

Como un encuentro notable entre Pepe García Moraga, el profesional jubilado y voluntario activo, con su homónimo Pepe García Ramos, artista plástico, chef y acogido en la vieja hospedería de hombres, hoy Casa de Acogida. Después del golpe militar ambos salieron al exilio, Pepe, el geógrafo, a Argelia, y Pepe, el artista, a París. Un amigo del segundo supo de un Pepe García que vivía en Argelia y le escribió durante meses al Pepe García equivocado.

Acá, ambos Pepes han pasado horas poniendo en común el contenido de esas cartas. Porque eso han resultado ser para todos estos encuentros: un espacio para recordar, contar y reconstruir juntos sus historias personales. Para conocerse, respetarse y quererse. Para, en muchos casos, recuperar una identidad extraviada, que es lo mismo que recuperar la dignidad humana, después de haberla perdido en la extrema oscuridad y exclusión que significa vivir en situación de calle.

Los invito, conmovido y feliz, a asomarse a estos martes en la biblioteca, donde en una de esas pueden bailar con Isabel Araya Alemparte y compartir reflexiones y un café con José García Ramos, y hasta salir con un perfil poema de regalo, que es lo que más les gusta a los miembros de taller. Muchas gracias a ambos. Mías, pero sobre todo de «sus viejos queridos», que como remata Isabel, siempre aguda, «son casi todos más jóvenes que una, que a estas alturas, es eterna». •



Nota de la editora

Isabel y José, voluntarios autores, autores voluntarios, asumieron un compromiso de memoria con los 16 asistentes regulares a la cita de los martes en la biblioteca, incluidos tres que ya no están en este mundo: recoger sus historias de vida y publicarlas en un libro que revelara su conciencia de ellos mismos, su unicidad y originalidad de seres únicos y distintos a los demás. Un tremendo documento de identidad para esos hombres que se vitalizan, unen y cobran sentido compartiendo sus acontecidas trayectorias en el taller de lectura de la hospedería de hombres de Estación Central.

Isabel, vital, energética e intensa como es, escribió 14 biografías y sendos poemas-mensajes a los sujetos de sus relatos, fruto de las conversaciones al calor del café en el taller. Ese material está agrupado en la Segunda Parte de este libro.

José, reposado y reflexivo, le hincó el diente a dos personajes que han marcado la vida de la Casa de Acogida. A «El Gringo», que murió en 2018, dejando muchos viudos tras su partida. Y a José García Ramos, particularmente cercano a José García Gatica, no sólo porque se llaman casi igual, sino porque durante el exilio y por varios años uno recibió cartas dirigida al otro, enredo que se vino a aclarar en las mañanas de los martes en la biblioteca, cuando la vida hizo que se conocieran.

Esos dos relatos, el del difunto Gringo y el del otro Pepe García, constituyen la Primera Parte de este volumen, y están contados en primera persona, a diferencia de los de Isabel. En uno y otro caso, sin embargo, se incluyen los poemas-mensajes, que es lo que más emociona y gratifica a los retratados, los ricos viejos pobres que se siguen reuniendo puntualmente los martes en la biblioteca. •

Isabel Araya Alemparte

Nació en Santiago en 1941. Estudió Filosofía en Buenos Aires y Servicio Social en Santiago. Tras una estadía como becaria en España, se trasladó a la Escuela de Trabajo Social en la Universidad Católica de Valparaíso, desde donde salió al exilio en 1974. Vivió doce años en París y más adelante en Haití, entre 2004 y 2010. Hija y madre de escritores; su padre es Enrique Araya, el inclasificable autor de *La Luna era mi tierra*; su hijo mayor, Rafael Gumucio, conocido cronista y novelista; y el menor, Salvador Young, también novelista. Publicó en autoedición con el nombre *Un ramo colorido personal en un envoltorio común*, en 2014, la que luego se volvió a publicar con su título original en Hueders en 2016, *Primeras reliquias*. De género narrativo, se trata de una colección de objetos rituales que se conservan para sacralizar la huella existencial de una persona.

José García Gatica

Nació en Santiago en 1940. Estudió Pedagogía en Historia y Geografía en la Universidad Católica de Chile y se ha especializado en Geografía Humana y ordenamiento territorial. Ha impartido clases de su especialidad en la Universidad del Norte de Antofagasta, en la Universidad Católica de Valparaíso y en la Universidad de Chile, sede Valparaíso. Entre los años 1974 y 1985 trabajó como especialista en temas urbanos para el gobierno de la República de Argelia. En esa condición integró el equipo interdisciplinario internacional encargado de la planificación de la ciudad y la región de Argel. Posteriormente, el Ministerio de la Vivienda y el Urbanismo de Argelia le encomendó un estudio sobre la red urbana del país. En 1985 regresó con su esposa Marcela y sus tres hijos a Chile. En 1990 fue reincorporado a la Universidad de Playa Ancha, antigua sede Valparaíso de la Universidad de Chile. Está jubilado desde 2005, pero jamás inactivo.

Un taller de lecturas

Hace ocho años, habiendo ya pasado con creces la mitad del camino de nuestras vidas, decidimos que no era el momento de detenernos y que podíamos seguir sirviendo a otros, más allá de la enseñanza y del servicio social que habíamos practicado durante varias décadas. Acordamos acercarnos al Hogar de Cristo para servir como voluntaria y voluntario en aquello que la institución creyera necesario.

El Hogar nos pidió que colaboráramos en la Casa de Acogida de hombres, que recibe a hombres mayores de 50 años, y ayudáramos a quienes allí residían o acudían —los llamados «usuarios»— a resolver distintos problemas: acompañarlos al consultorio médico, llevarlos al Registro Civil a tramitar documentos, ir con ellos a retirar sus pensiones o a que conocieran otras residencias del Hogar, la de San Bernardo o la que está junto a la línea férrea, también en Estación Central.

Todo ello nos sirvió, nos permitió ir conociendo, no sólo la manera en que funcionan estos hogares y residencias administrados por el Hogar de Cristo, sino —y mucho más importante— relacionarnos con sus residentes. Con esa población que vive allí o que, sin residir en las hospederías acude a ellas a buscar un plato de comida.

Ese conocimiento directo, cara a cara, con esos hombres y sus historias nos fue llevando a destruir todos los prejuicios que teníamos acerca de «las personas de la calle». Es cierto, muchas veces llegan en malas condiciones: sucios, alcoholizados, enfermos, pero lo que de verdad les pena y apena es la soledad, el abandono de sus familias, el rechazo de la sociedad. El hecho, en definitiva, es que nos hemos encontrado con personas.

También nos dimos cuenta —no de manera teórica, sino práctica, en la relación concreta con quienes ya empezaban a

ser nuestros amigos— que lo más importante para una persona es su identidad. Eso que la hace única, que la diferencia de los demás y le confiere valor propio.

Hemos aprendido también o, mejor dicho, nuestros amigos del Hogar de Cristo nos han enseñado que la identidad personal es mucho más que un número de RUT o una ficha en el consultorio. La identidad nunca está completa. Se va construyendo en la historia de cada uno, historia que también es única y que, por lo tanto, nos diferencia de las demás personas.

Lo importante es que sean los otros los que nos identifiquen y para eso es necesario el conocimiento, que los otros sepan cómo nos sentimos, cómo valoramos lo que nos ocurre, lo que pasa en el mundo o en el grupo del que formamos parte. Y ese conocimiento se va construyendo en la comunicación con el otro.

Con nuestros talleres de lecturas, actualidad, literatura o como les llamemos en la Casa de Acogida de Hombres, queríamos crear una instancia de comunicación que ayudara al proceso de conocimiento mutuo entre los miembros de este grupo de viejos singulares y entrañables.

Nos llamó siempre la atención el silencio en la hospedería. Silencio entre quienes comparten un almuerzo, en el ensimismamiento de quienes, sentados en el banco de un jardín, buscan el calor de un rayo de sol o se refugian para dormitar en la sala de televisión o se encierran en la biblioteca frente a un computador.

Decidimos entonces crear una instancia para que quienes quisieran conformaran un grupo donde comunicarse, compartir ideas y experiencias. Ese fue el taller de actualidad. Una vez por semana llevábamos los diarios y, en torno a una taza de café o té y galletas, se comentaban las noticias de la semana y en una suerte de diario mural se ponían al menos los titulares de lo que los participantes estimaban eran los hechos o noticias más relevantes.

Con el correr del tiempo, sin embargo, nos fuimos dando cuenta que eran solo unos pocos los que participaban en esas discusiones o que aportaban alguna inquietud. Sólo a algunos,

como al «gringo», Ricardo Álvarez Seymour, a quien además vimos partir el año 2018, les interesaban las noticias y eran pocos quienes leían los diarios. Muchas veces esos pocos se adueñaban de algún periódico y, como Ricardo Mancilla, se los llevaban para leerlos a solas. La mayoría de quienes acudían a esas reuniones lo hacían para tomar una taza de café y comer algunas galletas, para refugiarse del frío de las mañanas de invierno.

Las reuniones fueron derivando a lo que a cada uno de los participantes les acontecía en su cotidianeidad en el Hogar. Eso les permitía opinar sobre experiencias comunes, conversar entre ellos y discutir cuando no evaluaban de la misma manera algún hecho acaecido en la vida diaria.

Era entonces muy sencillo que, a partir de sus experiencias, establecieran comparaciones o surgieran recuerdos de lo vivido antes de llegar aquí, a menudo de la juventud o de la niñez. Un cigarrillo los lleva a veces a rememorar marcas ya desaparecidas o alguna película vista en la televisión les recordaba el nombre de antiguas salas de cine.

De esta manera, paulatinamente, sin acuerdo ni planificación previa, nuestro taller de actualidad se transformó en lo que es ahora: la tertulia de los martes en la mañana. Si al inicio del taller llegaba una media docena o algo más de interesados, hoy los contertulios no son menos de una quincena y en ocasiones llegan a veinte o más. Juan Carlos viene a contarnos por qué La Piojera se llama así, mientras Adrián nos amenaza con convertirse en poderoso faraón para poner orden en el mundo. También acuden Patricio, el lector, silencioso ante la humeante taza de té; Miguel Ángel, dicharachero, y Casanova, bueno; Humberto, obstinado luchador contra el Parkinson; Adalio, nostálgico del mar sureño; Roberto, cancionero viviente; Luis Flores, pintor de brocha gorda y de mandalas; Pepe García, que toma su café en el patio para poder fumar sin molestar a los demás y es respetado por su sabiduría; Geofir, que siempre deja sus labores en la huerta para compartir un café. Todos ellos y muchos más nos han ido entregando retazos de sus vidas y así en sus relatos se nos han ido constituyendo como personas a las que les hemos asignado rasgos que les son propios, distintivos

y con los que los identificamos. Al mismo tiempo, ellos mismos, en el diálogo con otros, van reconstruyendo una identidad a menudo oculta o perdida y, en esa medida, pueden asumirse con la dignidad propia de cada persona.

Siempre hemos hecho nuestras reuniones en la biblioteca de la hospedería. Allí hay libros —y también computadoras—, las personas van allí a leer o explorar la internet, buscan y reciben información y pueden conocer así lo que ocurre más allá de las puertas del Hogar de Cristo. Pero para que eso sea posible es necesario saber leer y tener algún conocimiento sobre la manera en que se accede a un computador. Nosotros, los voluntarios, durante estos años, hemos ido hojeando las vidas de nuestros amigos y de este modo aprendiendo a leer en unos libros que son infinitamente más valiosos que los de la biblioteca: los relatos de sus vidas, más allá de sus dolores, sus debilidades y sus caídas. •

Isabel Araya Alemparte y José García Gatica
Voluntarios

Parte I

José (Pepe) García Ramos

Mi papá, José García, extremeño y republicano, médico y militar con el grado de capitán, sirvió en la tercera brigada mixta, frente de Madrid, carretera del Pardo, entre 1936-1939, y llegó a Chile en 1941.

Mi madre, Elia, profesora básica, al igual que mi padre, extremeña y republicana, taquimecanógrafa del Estado Mayor, Ejército del Centro, Madrid. Como secretaria de Estado Mayor tuvo el grado de capitana y, por tal razón, fue enjuiciada por José Millán-Astray y Terreros, militar español fundador de la Legión de España y procurador en las Cortes Franquistas. Por tal razón, sin ser sobreesida, en 1942, decidió partir a Chile.

Dos años después, en 1944 nací yo. En mi casa, un departamento en segundo piso, ubicado en la esquina de la Alameda con Serrano. En ese lugar, además de mi padre, médico bacteriólogo, trabajó un laboratorio entre 1941 y 1942. Posteriormente y con la solidaridad de sus compañeros masones, pudo entrar a trabajar al instituto Bacteriológico.

Cuando cumplí cinco años, en 1949, me matricularon en el colegio Luis Pasteur. Ahí estuve hasta 1953, luego estuve en el Kent School, en avenida Pedro de Valdivia, cuyos dueños eran españoles.

En 1955, mi padre se fue a trabajar como jefe del laboratorio del Hospital San Martín de Quillota, pero mi mamá se quedó en Santiago y me ingresó al Internado Nacional Barros Arana, el INBA, donde lo pasé pésimo. Además, yo no era precisamente un buen alumno. No me interesaba mucho lo que se enseñaba en un colegio que, se decía era de excelencia, similar al Instituto Nacional, pero básicamente para alumnos que venían de provincia.

Cuando salí del colegio, entré a la Escuela de Bellas Artes de la Universidad de Chile. Ahí terminé mi enseñanza media,

humanidades, como se llamaba entonces. Continué en Bellas Artes hasta 1968 en que fui designado ayudante en el curso de color del profesor Francisco Brugnoli y, en 1970, asumí como profesor de Dibujo.

En 1973, la mayoría de los académicos de Bellas Artes fuimos expulsados de la Universidad y muchos debimos irnos al extranjero. Ese mismo año, me casé y, a inicios del año siguiente, nos fuimos a París. En Francia, desempeñé diferentes actividades, algunas relacionadas con mi formación profesional de artista; en la Brigada de Muralistas Pablo Neruda que encabezaba José Balmes, y otras simplemente para tratar de ganarme el pan, como albañil o como empleado en una imprenta.

Separado ya de mi esposa, en 1980, regresé a Chile, a la casa de mi madre, quien en 1957 se había separado también de mi papá. Comencé a trabajar en un Instituto como profesor de dibujo técnico para la carrera de dibujo gráfico, materia que me era desconocida y que debí aprender. Al mismo tiempo, en horario vespertino, hice clases de pintura en un instituto técnico vinculado a la Iglesia.

Posteriormente ingresé a estudiar tres semestres de cocina en el INACAP, al cabo de lo cual comencé a trabajar en distintos restaurantes como jefe de cocina, cosa que hice durante 17 años.

En 1983, me fui a vivir con una nueva pareja, relación que duró hasta 1992.

Entre 2003 y 2010 trabajé de manera independiente en distintas empresas dedicadas a banquetería para eventos. Desgraciadamente, en 2010, sufrí un accidente que me afectó severamente una cadera y una pierna. Unos amigos me llevaron a la Fundación Las Rosas, donde estuve más o menos dos meses. En esas circunstancias, otro amigo me ofreció trabajo en Punta Arenas, ciudad en la que viví cuatro años. En 2015, regresé en bus a Santiago, traía una carta del Hogar de Cristo de la ciudad austral y me presenté con ella donde Romina, quien me recibió con su cariño y calidez habituales. Y aquí resido desde entonces, en la Hospedería, donde comparto con todos los que en ella hemos sido acogidos. Con algunos he creado lazos de amistad y con todos, relaciones de respeto y solidaridad. •

José

*Por qué no nos encontramos antes, en Chile,
en la universidad; en Francia, en el exilio,
o en cualquier lugar común de nuestras vidas...
Fue aquí, en este lugar, donde la sabia vida
nos reunió para junto con otros chilenos
continuar nuestras vidas
en la tierra primera.*

Ricardo Álvarez Seymour

«El Gringo» ^(†)

Fue un viernes. Una persona conocida me pidió que la acompañara a cierto lugar porque debía hablar con alguien. Llegamos a la antigua hospedería de hombres del Hogar de Cristo y allí nos recibió una señora muy amable. Mi amigo conversó durante un rato con ella y, en cierto momento, me dijo que tenía que hacer una diligencia y que lo esperara. Han pasado ocho años y aún no regresa. Tampoco lo espero.

Desde mi regreso a Chile luego de varios años en España prácticamente vivía en la calle, lejos de mi familia, juntando algunos pesos, con una escuálida pensión y macheteando por aquí y por allá para comprarme cada día la necesaria caja de vino blanco y beberla en alguna plaza por ahí. De manera que ese día, cuando llegué al Hogar mi aspecto no era de los mejores. Una barba de varios días, el pelo largo y desgreñado, ropa sucia y maloliente. Me ofrecieron pasar la noche ahí. Me ofrecieron un baño, ropa limpia y, al día siguiente, un desayuno reponedor.

Desde entonces, sigo aquí. Bueno, no siempre durmiendo aquí. Muchas veces salgo a la plaza, me junto con otros, que, como yo, debemos consumir nuestra cuota diaria de alcohol y entonces no puedo regresar al Hogar y debo dormir en el suelo o, en el mejor de los casos, sobre las bancas de la plaza.

Pero no siempre fue así. Cuando niño jugaba con los amigos en la calle de mi barrio de San Miguel e iba a una escuela cercana. Sin embargo, en 1970, mi padre decidió que no era bueno seguir viviendo en Chile y nos fuimos —mis padres, mi hermana y yo— a España. Primero a Madrid y después a Barcelona. Yo tenía once años. En 1974, mi padre volvió a tomar la decisión y consideró que ya sí se podía vivir en Chile y regresamos, pero esta vez de vuelta a una casa en Ñuñoa, cerca de Plaza Egaña.

Me matricularon en el Colegio San Agustín, que no quedaba lejos. Ahí, en mi nuevo barrio, hice otros amigos.

Militares se veían siempre: en las noticias de la televisión, en las calles patrullando, en las ceremonias, en los desfiles patrióticos y empecé a mirar con admiración a esos hombres, muy jóvenes a veces, que eran respetados y también temidos. Terminado mi segundo medio postulé e ingresé a la Escuela Militar. Me gustaban el orden y la disciplina que allí se vivía, y también la camaradería entre los cadetes. Nos invitaban a menudo a fiestas y, en ellas, las niñas nos preferían a los civiles. Pero en esas fiestas empecé a beber y a tomarle el gusto al alcohol. Eso me hizo cometer muchos actos de indisciplina y, cuando terminé el cuarto medio, dos años después de haber ingresado a la Escuela Militar, debí abandonarla.

Desde entonces, cada día bebía más y me alejaba de mi casa, durmiendo en diferentes lugares y trabajando en pequeñas cosas con el fin de poder tener dinero para comprar alcohol. No podía seguir así, de manera que tiempo después reuní plata suficiente y regresé a España. Conseguí un empleo en una empresa naviera en Barcelona. Aunque seguía bebiendo, encontré en la misma ciudad a Alcohólicos Anónimos. Me hizo muy bien, comencé a beber mucho menos e incluso pasé periodos sin tomar nada. Tuve una relación con una chica con la que compartí un pequeño piso y a la que veía cada vez que regresaba de un viaje, los que generalmente eran por el Mediterráneo.

Pero desgraciadamente la naviera en la que trabajaba se trasladó a Alicante, los viajes comenzaron a ser más lejos, por el Atlántico. Navegamos a las Canarias, a Guinea Ecuatorial y hasta a Buenos Aires: muchos puertos, pocos amores y demasiado alcohol. Para peor, en Alicante no existía Alcohólicos Anónimos, de manera que no tuve ningún tipo de control y cada día estaba peor. Entonces decidí que debía volver a Chile.

Sin embargo, mi regreso no fue muy positivo. Cada día me alejaba más de mi familia hasta terminar viviendo en la calle de manera permanente, durmiendo en los asientos de las plazas, sucio, sin comer, pidiendo en las esquinas para comprar una caja de vino.

Así, hasta ese día viernes que un conocido me trajo hasta el Hogar. Aquí estoy, desde hace años. Me acogieron, se ocuparon y se preocuparon de mí. «Sigo consumiendo», como dicen aquí a los que no dejan el alcohol. Tengo amigos en la plaza que comparten conmigo y otros en el Hogar un desayuno, un almuerzo o un cuarto con camas limpias y baño para el aseo.

Y ahora, con la salud tan deteriorada por años de maltrato en el cuerpo, atendido por los médicos del Hospital de la Universidad Católica, con exámenes y medicamentos, estoy en esta pieza y en esta cama con el cuidado de las tías y tíos del Hogar.

Eso es lo que contaba el Gringo desde su cama. Muy delgado, la palidez hacía resaltar el cobre de sus cabellos. Su voz era clara y calmada. Prometió continuar relatando su vida el martes siguiente. No pudo hacerlo. Cinco días después, una tarde, lo acompañamos al cementerio. Su féretro fue depositado sobre la tierra, rodeado por sus amigos del Hogar y de la plaza, su padre y los capellanes: Pepe con su guitarra y Pablo. Un relato interrumpido y triste. •

Ricardo

*Tan chileno y tan gringo...
No pudiste ganarle a tus desvaríos.
Inteligente, festivo, triste e ilustrado,
colorín intrépido inolvidable.
Tus compañeros, con toda el alma entera,
ese martes bajo un cielo otoñal
abierto para ti.*

Parte II

Miguel Ángel Araneda Flores

Nació en Lota, tiene 78 años. Fueron dos hermanos «fabricados por mi padre», quien falleció cuando él tenía siete. Su madre era costurera y fueron acogidos en casa de amigos. Estudió hasta sexto año básico en la Escuela Pública de Lota. «Yo era duro de cabeza, nunca aprendí a dividir». El profesor lo castigaba pegándole con una varilla, el profesor era el señor Alegría.

La señora que los cuidaba, murió y Miguel Ángel entró al Servicio Militar en Concepción. Cumplió bien «los deberes ciudadanos para defender a la Patria». Trabajó durante diez años en las minas de carbón. Se casó en Lota, muy enamorado. Vivió 28 años junto a su esposa. Ella era dueña de casa y tuvieron cuatro hijos; tres de ellos viven y son profesionales.

Enviudó, cuando ya vivía en Santiago, y se cortó la comunicación con los hijos, nunca más los vio. Vivió solo, trabajó en el área textil durante 12 años, luego en construcción, en el barrio alto de Santiago. Se había ido de la casa familiar, pues su esposa se metió con un arrendatario que vivía con ellos. Ella murió hace más de una década. Él no supo de su fallecimiento.

Luego se enfermó de las piernas, víctima del trabajo en la mina Gota de Agua. Trombosis, fue la sentencia. Hace un año, una asistente social lo trajo al Hogar de Cristo.

«La hospedería es una maravilla, una atención estupenda en salud, ducha tibia, almuerzo a las doce del día, once a las cuatro, cena a las siete y la televisión hasta el término. Champú, prestobarba, comida», enumera. Recibe una jubilación que retira acompañado por una monitora del Hogar de Cristo, quien le ayuda a manejarla. «Algún día veré a mis hijos. Recuerdo mucho a mi esposa, aunque cometió el error humano de tentarse y cambiar marido por un amante temporal. La disculpo, pero no la perdono. Es Dios quien hace justicia, no yo. Yo quise matarlos a los dos pero vi a mi hijita de ocho años y no pude, entonces decidí irme», confiesa. •

Miguel Ángel

Sentimental es tu Ángel decidido

Fuertes pruebas en tu vida minera

Ni la «Gota de agua» terminó contigo

Esperando el día en que verás a tus hijos.

Humberto Alejandro Espejo Araya

Nació en Santiago el 20 de enero de 1946, en el Hospital San Juan de Dios.

Vivió con sus padres y su hermano en casa propia. Su padre era ingeniero civil y había construido la población Juan Antonio Ríos, donde ellos vivían. A los cinco años, se cayó desde un tercer piso, perdió el conocimiento durante siete días y despertó «como de una siesta». Fue un verdadero milagro para la familia.

Estudió hasta cuarto medio. Trabajó en una empresa de mariscos como cobrador y luego como chofer en Savory, empleo que debió dejar a causa de su enfermedad; sufre de Parkinson desde hace 16 años. También trabajó como vendedor de textos de estudios puerta a puerta para Editorial Lastra.

Se casó y tuvo un hijo. Vivían en La Florida, y sus padres estuvieron con ellos hasta que fallecieron en 1986.

Humberto llegó al Hogar de Cristo en 2002. Se siente apoyado en la Casa de Acogida. Bien cuidado, le ayudan a vestirse, a ponerse los zapatos y los calcetines cada día. Trabaja en el taller de madera lijando las tablas. Cuenta que Maite, la organizadora del taller, decía que él era su amuleto de la suerte. Y aunque ella ya no va por ahí, asegura que «sigue con ella». También comenta que apareció en la televisión, en las noticias de Chilevisión, en un programa sobre su trabajo en madera, a pesar del Parkinson.

Ahora, Humberto está separado, pero su hijo, que tiene 28 años y es administrador de empresas, lo visita regularmente, una vez al mes. Antes de ingresar a la hospedería tomaba alcohol, vino y otros tragos fuertes. También consumía pasta base, cocaína y pastillas. Dejó todo por su propia voluntad. Hoy, a los 73 años, se desplaza apoyado en «un burro». •

Humberto

Dos veces de vuelta a la vida

Una nombrada milagro

Una siesta de siete días y sus noches

La otra vez, tu voluntad milagrosa

para tenerte mejor y

por más tiempo en este mundo.

Roberto Fonseca Alarcón

Tiene 71 años. Nació en Santiago, su madre falleció en el parto y su padre, dos días después. Tiene dos hermanos a quienes vio solo una vez. Vivió en un hospicio a cargo de religiosas hasta los 15 años. Estudió en el colegio del sector, donde aprendió a leer y a escribir. Sufrió una enfermedad y debió ser operado del cerebro. Fue internado después en un hogar para niños en Batuco, a cargo de religiosos hombres.

A los 15 años, se fugó de allí y volvió al primer hospicio, donde ayuda a las religiosas en el aseo. Cuando se cierra ese lugar, lo derivan al Open Door, en La Florida. De allí se escapa durante el día y vuelve sólo a comer y dormir. De día, ayuda a una señora y a su marido en el aseo de su negocio, pero los hijos del matrimonio lo hicieron despedir.

De vuelta al Open Door, su madrina, una religiosa, lo lleva al campo en Los Ángeles, donde trabaja desmalezando el predio. Le dan de comer, tiene una pieza para él y ella es muy buena con él.

Vuelve por su cuenta a Santiago, a vivir solo, sin encontrar dónde quedarse. En la Plaza de Armas, conoce a una mujer que lo llevó a su casa donde vivía con su hombre y el hijo de ambos. Él les pagaba con su pensión de invalidez, pero ellos abusaron de él, haciéndole pedir un préstamo. Volvió al Centro, a la Plaza de Armas, sin nada. Una nueva amiga, quien le daba de comer, lo trajo al Hogar de Cristo hace ya cuatro años.

Acá está bien, aunque sus piernas cada vez lo acompañan menos. Asiste a misa, le hacen terapia, lo llevan al médico y a otros trámites en auto, y a paseos que lo hacen muy feliz. Le molestan las peleas de «los curaditos».

—*Don Robert, ¿por qué usted se ve siempre tan alegre?*

—Porque, aunque he vivido penas y dificultades, también he sido feliz y recibido la ayuda de otros. Desde niño, soy así.

Cuando no me quieren o molestan, me aparto sin decir nada o explicando pero sin insultar.

—¿No le duele no haber conocido a sus hermano y haber vivido sin padres ni familia cercana?

—Con las personas que han querido ayudarme, la vida ha sido feliz. Ser católico, me ha ayudado. Cuando salgo lo paso muy bien, conociendo y recordando cómo se vive fuera de acá. Para los 18 de septiembre voy al parque y tomo chicha y me vuelvo muy feliz, tranquilo y contento. Esos días siempre hay personas para ayudarte a volver. •

Roberto

*Tu precoz y completa orfandad,
no ha impedido que seas una sonriente y bondadoso hombre.
Hay veces que tus ojos disparan malestar y tus palabras se hacen
algo rabiosas
Entonces pienso en tus vacíos y penurias, y me avergüenza no
haber sufrido como tú
Ni saber consolar aquel vacío
Que celebres solo junto a muchos, con la chicha fiestera
El día oportuno, te muestra como un gozador vital
Asimismo tu placer de ver cómo se mueve la vida
Fuera de tu residencia de cada día
Entonces se alegran mis ojos de madre y de hermana también
huérfana.*

Luis Flores Núñez

Nació en la Sexta Región, en Colchagua. Tiene 70 años. A los doce, llegó a Santiago con su padre. Su madre había muerto cuando tenía seis. Cursó las preparatorias en Peñaflor. Luego se instalaron en Pudahuel, donde a su padre le dieron una casa. Estudió en una escuela nocturna en Lo Prado, se especializó en dibujo y pintura. Se autodenomina «un pintamonos».

Hace ocho años vive en el Hogar de Cristo. Llegó por una asistente social desde la carpa en que vivía en el sector Bonilla. «Se tomaba mucho ahí». Oficiaba como ayudante de los feriantes del sector, descargando verduras y frutas y recibía como pago alimentos para subsistir. Vivían en carpas unas diez personas, todos hombres. Eran visitados por mujeres con las que hacían fiesta y tomatinas grandes, ellas les bailaban y se divertían. Allí mismo lavaban sus ropas y se aseaban. Era un buen campamento, pedían ropa y lo que necesitaban a los habitantes del lugar. Cuenta que tuvo varias mujeres y que una vez se casó porque la señora estaba embarazada y vivieron juntos en la casa de la suegra. Ese hijo falleció, luego nacieron otros dos. Uno de ellos lo visita acá. Él reconoce haber sido un gran tomador y haber podido dejar el trago por su propia voluntad. Vino caminando desde Pudahuel hasta el Hogar de Cristo, donde ayudaba al jardinero y hacía algunos otros trabajitos. Una sobrina abusadora le cobraba su pensión, pero sólo le entregaba diez mil pesos cada mes; ahora cobra él mismo y hace sus trámites solo.

Dice no tener ningún amigo aquí en el Hogar. Sus amigos son de un club de Lo Prado. Los días domingo los visita y les trabaja en sus casas: pinta, hace aseo, peguitas menores. Ellos le pagan y lo invitan.

Dentro de la biblioteca del Hogar, tenía un lugar donde pintaba, dibujaba y hacía estampados que vendía, pero ya no. Recuerda que tras la muerte de su madre, cuando se vino con

su padre a Santiago, llegaron acompañados de un perro. «Él Cuida», que los protegía. Dormían en la calle o donde fuera y el perro los cuidaba. Cuenta que cuando fue alcohólico y vivía en la calle, se volvía loco. •

Luis

*Todos somos de la calle y la calle es de todos.
También muchos con el alcohol nos volvemos locos,
otros tristes y desesperados.
Pocos con la pintura nos volvemos tan dulces
Y con los colores somos tan generosos
Como lo hace usted con ese talento solo suyo.*

Geofir González Fuentes

Nació el 11 de julio de 1939, en la provincia de Ñuble. Su padre había llegado junto a cuatro hermanos, escapando del franquismo. Ya casado con su madre, partió a trabajar al fundo «Los Laureles», que quedaba a medio camino entre Chillán y Pinto. Su padre era capataz en la hacienda. Cuando Geofir, cumplió 17 años, hizo el Servicio Militar. Allí, en el cuartel, aprendió a leer y escribir. Luego se vino a Santiago, a la comuna de Las Condes a trabajar en jardinería. Cuenta que vivía con un amigo, a dos cuadras de donde hoy está la Clínica Alemana, exactamente en lo que actualmente son Los Cobres de Vitacura. También viajó mucho a Argentina, donde hizo grandes amistades, cuando llevaba animales por un paso ubicado al sur del volcán Antuco.

Geofir siempre ha sido soltero, pero tiene dos hijos. Un joven de 18 años, de nombre Amable Washington, que vive en el paradero 40 de Santa Rosa y es estudiante. Y una niña, Maite, casada, quien le ha dado tres nietas. La madre de Maite murió cuando la pequeña tenía tres meses y él se hizo cargo de su crianza.

Hace un año y medio, llegó al Hogar de Cristo. Venía enfermo, con una pierna herida a causa de que un camión lo había arrastrado varios metros. Lo trajeron los carabineros, acá lo cuidaron muy bien y a la semana volvió a caminar.

Se encuentra bien ahora. No toma ni fuma desde hace 48 años. Actualmente, no sale mucho, a pesar que mañana va a visitar a una patrona que quedó viuda. En el último tiempo ha ido perdiendo la vista. Pese a esa limitación, tiene a su cargo el jardín y la huerta dentro de la Casa de Acogida. Su sueño es trabajar sembrando y cosechando. En el taller de carpintería, colabora reconociendo las maderas con que se trabaja. «Aquí casi todos fuman o toman y se quitan la salud ellos mismos. Yo los saludo a cada uno de ellos, pero tengo más amistad con los

jefes», dice y se queja de lo que considera «una desgracia», su escuálida jubilación.

No lo visitan sus hijos. Sale a trabajar afuera cuando «cae un pololito» y entonces deja a otro a cargo de la huerta. «Aunque se lo roban todo», dice, bajito. En Santiago, tiene conocidos antiguos, personas que tienen constructoras en Las Condes, asegura. •

Geofir

*Sueñas con el campo, con cultivar
embelleciendo,
cuidando, alimentando
Eso es tierra, vida:
inicio y final.*

Juan Carlos Guzmán Castro

Llegó al mundo en Valparaíso, el 24 de noviembre de 1961. Nació por fuera del matrimonio de su padre. A los tres años, viajó junto a su hermana y su madre a Santiago. Al Paradero 2 de la Gran Avenida. A los cinco, su padre se lo llevó a la casa de su esposa, junto a sus cinco hijos legítimos, tres niñas y dos hombres. Vivió en la calle Riquelme hasta los 18 años en un buen ambiente. Estudió en el Cambridge College y en el Liceo 14, en Antonio Varas. Lo despedían de los colegios por inquieto y porque faltaba mucho. Era un líder y sus compañeros lo seguían. Llegó hasta tercero medio. Era buen alumno, pero hacía mucho la cimarra. Le gustaba el jazz.

Juan Carlos invitó a un amigo a vivir con ellos y se convirtieron en hermanos de sangre, celebrando con cognac y cannabis en una fiesta que duró tres días. Invitaron mujeres para quedarse con ellos. El padre luego de un año, despidió a todos y lo dejó solo.

Se fue a Valparaíso, a vivir a un hotel en el barrio chino, sector muy peligroso. Una amiga lo invitó a vivir con ella al Cerro Alegre. Ella trabajaba en comercio, en venta de telas. Él volvió a Santiago a vivir con un amigo en una casa que le dejó su padre, que también era comerciante de telas y dejó seis casas para sus doce hijos. Trabajó un buen tiempo en una agencia de promotores. Luego siguió un curso de peluquería con una amiga que luego fue su novia. Pidió su mano y se casaron por las dos leyes: en el Registro Civil y en la Iglesia de San Francisco. Él tenía 27 años, cuando nació Constanza, su hija de ojos claros, que hoyes sicóloga.

Vivieron diez años con su esposa hasta que él se fue de la casa. Las dejó botadas por la droga. «Fui drogadicto de mil drogas, hasta de aspirinas con café», recuerda. Siguió vendiendo telas a comerciantes que habían sido conocidos de su padre.

Volvió a ver a su hija para otorgarle autorización para viajar a Argentina con su curso del Liceo 1 de Niñas.

Una mujer lo trajo al Hogar de Cristo. Lo encontró en la calle, a la salida de la Posta Central, donde alojaba. Lo recibieron en la Hospedería de San Bernardo. «Después de 15 días internado en el Hospital Psiquiátrico, sin una gota de alcohol ni drogas y en tratamiento anti alcohólico, con una nueva cara, nuevamente estoy acá», nos dice. Cuenta con pensión de invalidez. Acá toma café y mate, escribe su vida por recomendación de un sicólogo, a ritmo lento. Hoy tiene salida e irá al mall a comprarse una radio para escuchar música. Su preferida es la de los años 70. •

Juan Carlos

Movida y joven, tu vida.

Aún luces juvenil con tu termo, tu mate y tu disposición.

*Cuán útil es repasar la propia vida,
escribiendo para conocerse otra vez.*

*Pasándose en limpio con piedad,
entendiendo tantos bemoles*

Gracias y desgracias a pasar en limpio.

Mario Reinaldo López Aguilera

Nació en Santiago el 2 de enero de 1958. Vivió con sus padres y sus tres hermanos en Renca, pero muy pronto su papá se fue de la casa. Los dejó, porque «era muy picaflor». Él estudió hasta quinto básico. Vivían en una casa quinta, llena de árboles frutales, y él ayudaba a su madre a cosechar y vender la fruta. Vendían en el barrio, donde eran muy conocidos y estimados. Mario vivió solo con su madre hasta los treinta años. Tras su muerte, dice, les robaron todo y él se quedó en la calle.

Trabajó ayudando a una señora que tenía un kiosco en la Estación Central, donde ahora está el supermercado Líder. Dormía allí sobre cartones y ella lo alimentaba. Fue buena con él, pero no podía llevarlo a su casa para no tener problemas con sus padres.

Cuando remodelaron la Alameda, el kiosco fue retirado. Su patrona aún vive y lo visita de tanto en tanto en el Hogar de Cristo, lo mismo que otras personas conocidas de esos años. También recibe la visita de la única hermana que le queda, la mayor, que fue funcionaria de la Corfo durante la UP y debió salir exiliada a Venezuela. Ahora que vive nuevamente en Chile, lo viene a ver a veces.

Cuando vivía en la calle, Mario tomaba vino tinto, lo que lo llevó a sufrir una cirrosis hepática. Fue operado de los dos pies y ha tenido dos paros cardíacos desde que vive acá. Además, desde su nacimiento, tiene hidrocefalia y lo controlan cada tres meses. Hoy camina con un burro.

Hace 16 años que vive en el Hogar. Llegó acá por Freddy, un monitor que hace ruta de calle. Dice que se siente muy tranquilo viviendo acá. Tiene el mismo dormitorio desde que ingresó. Sólo sale para los controles médicos. No se pierde la tertulia de los martes en la biblioteca. •

Mario

Fiel caballero de cada martes

Tranquilo, sereno, digno

Con las banderas patrias, salidas de tus manos

El recinto se vistió de fiesta

En el día nacional.

Osvaldo Aníbal Mellado Bobadilla ^(†)

Tiene 77 años de edad. Hace tres meses llegó al Hogar de Cristo. Es jubilado, trabajó 25 años en Sodimac. Estudió en el Liceo Manuel Bulnes y luego en la Universidad de Chile. Es contador. Fue exonerado político durante el gobierno de Pinochet. Es viudo. Al fallecer su esposa, vendió la casa para establecer un negocio de pollos, que no resultó. Entonces trabajó llevando contabilidades de varias compañías de teatro, pero no le fue bien; no logró el sustento necesario para sobrevivir.

Es católico. Tiene dos hermanas «venenosas», según él, que no lo acogieron. Y dos hijos, un varón y una mujer, de 35 y 40 años, respectivamente, y cuatro nietos que no le ofrecieron vivir con ellos. No ve a la familia; prefiere que no sepan de él.

Un amigo lo llevó a casa de su hermana en Malloco, donde vivió un año. Luego se volvió a Santiago a «picotear» para vivir. Allegado en iglesias católicas, no encontró nada hasta que un amigo lo trajo a la Casa de Acogida, donde le molesta el trato entre los convivientes, sobre todo en las noches. No tiene afinidad con los demás, así dice. Sueña recobrar su autonomía y poder ganar algo de dinero. Recibe una jubilación de 200 mil pesos.

Un día Osvaldo dejó de venir a la Casa de Acogida. Las monitoras y algunos de los hombres que lo conocieron lo recordaban como «una persona muy cordial, a la que le gustaba escribir poemas y dedicatorias a quienes estimaba». Al cabo de un tiempo, nos enteramos de que había fallecido. •

Osvaldo

Eres novato en estas lides...

Aprender a caminar nos ha costado

Y ahora nos parece que siempre estuvimos de pie

Cuando insultamos, estamos mal

Al sonreír, nos contagiamos

algo parecido al cariño

exclusivo del ser humano.

Adalio Morales Maldonado

Nació el 2 de octubre de 1941, en Puerto Montt. A los 16 años, se vino a Santiago en tren. No le gustaba el colegio, porque «no ganaba monedas». En Santiago, se hizo lustrabotas, trabajaba en el barrio Mapocho y en la Vega Central. Luego se dedicó al negocio del cachureo, vendiendo de todo en las calles, durmiendo también allí o en las iglesias de la avenida Independencia.

Sin familia en Santiago, se acerca al Hogar de Cristo, pagando 100 pesos por la noche, pero vuelve al sur a plantar y a trabajar en el campo, pero pronto regresa a la capital y trabaja como pintor en empresas y talleres de pintura mural. Los «torrantes del sur», llama a los miembros de ese grupo. Cuenta que pasó el golpe de Estado, en Santiago, al lado de la Comisaría de Independencia, desde donde le tocó ver camiones cargados con muertos

También confidencia que se enamoró de la dueña del hotel donde vivía y se quedó a vivir con ella durante diez años. Cuando ella murió, uno de sus hermanos lo despidió del hotel y del trabajo que hacía ahí mismo. Quedó dando vueltas y durmiendo en la calle. Tenía dos frazadas que reforzaba con diarios y cartones. Ahí lo encontraron personas de la Ruta de Calle del Hogar de Cristo y lo trajeron hasta aquí, donde lleva ocho meses. No tiene hijos ni familia. Padece de artrosis. Cuenta con una pensión de invalidez y se siente muy inquieto pues ya casi no camina y su salud no lo acompaña. Ha escuchado que el Hogar de Cristo se termina, pues alguien quiere adueñarse de este terreno. Eso —dice— ha oído. •

Adalio

*No sufras antes de sufrir más
pues ya has pasado muchas pruebas
y has ganado muchas cosas.
Tu encanto, tu humildad, tus aprendizajes,
se deleitan en tu frágil y fuerte presencia
Ya no estarás más sin abrigo.*

Patricio Muñoz Díaz

Nació en Santiago, en la comuna de Independencia. Tiene 65 años. Llegó a la Hospedería en 2017.

Venía desde el Hogar San Andrés, de su comuna natal, pero fue él quien decidió venirse a la Casa de Acogida del Hogar de Cristo. Es casado y tiene una hija de 45 años, que vive con su madre en el hogar familiar. Su hija trabaja en la Oficina Nacional de Estadísticas, el INE. Se comunican por teléfono frecuentemente.

Patricio trabajaba en un negocio de confites de su propiedad, pero debió dejarlo por el no pago de la patente. Su salud es débil: fue sietemesino, sufre cirrosis hepática, tomaba mucho alcohol lo que le creó graves problemas con su familia. Tomaba los fines de semana y vagaba por donde podía.

En la hospedería, comenzó una nueva vida, sin alcohol ni tabaco. Participa en todos los talleres que se ofrecen, también en las actividades religiosas. Es católico, tiene un primo religioso, es cura franciscano. «Acá cambia todo. Hay que cooperar con el prójimo, hay muchas personas con problemas físicos y con otras necesidades también».

Él vive un período de prueba, que dura un año más para volver a vivir en familia, con su esposa y su hija. Y se entrega a las manos de Dios en esta difícil prueba. •

Patricio

*Esta, tu nueva vida, pareciera ser tuya
Desde antes, o ya haberla recuperado,
Lees, participas y oras en silencio sin
aspavientos ni demostraciones públicas.
Pareces un hombre confiable, de vuelta.*

Adrián Sazo Durán

Nació el 23 de septiembre de 1953 en Santiago, en la comuna de Independencia. Tiene un hermano. Ambos se arrancaron de su casa a los seis años de edad. Sus padres tomaban mucho y les pegaban. El padre los encontró pero no se lo dijo a la madre; ella murió sin saber de ellos. El padre, que también la golpeaba mucho a ella, se fue solo a Valparaíso. Maltrato físico, maltrato psicológico; sólo cuando tomaba era más condescendiente. Era albañil de oficio, pero trabajaba como cargador en La Vega. La casa quedó a nombre de los hijos, pero una conocida del sur, después del terremoto, se instaló y se apropió de la casa.

Adrián es soltero y sin hijos. Hace cinco años que está en el hogar de Cristo.

Su hermano es casado, tiene hijos y una situación «mediana», viven en Lampa. Se ven algunas veces, aunque a escondidas, porque su cuñada no le permite que se acerque a él. «Le debo mucho a mi hermano: la jubilación de renta vitalicia, porque él me ayudó a trabajar».

Estudió sólo hasta octavo básico. Trabajó en una industria, luego puertas adentro en una casa, «pero nunca más, porque me trataron como esclavo». Era en el barrio alto en Santiago. También trabajó como jardinero.

Vivía en una pieza que arrendaba en Independencia, pero se enfermó y llegó acá, después de estar cuatro meses hospitalizado con un diagnóstico de múltiples micro accidentes cerebrovasculares, que le comprometieron los brazos. Invalidez total. Estuvo un tiempo en casa de su hermano en Lampa, pero, debido al maltrato de su cuñada y de su sobrina, pidió que lo trajeran al Hogar de Cristo, donde lo aceptaron. Es aficionado a la astrología. Fue evangélico pero ya no predica. Su peor temor es perder la autovalencia y terminar en una silla de ruedas.

Una vez al mes cobra su pensión y va al centro de Santiago, al Portal Fernández Concha a celebrar que está vivo. En las calles,

ve a las personas sanas y piensa que si muriera aquí, entre ellas, lo haría feliz. Se compra completos y cerveza, conversa con la gente, se distrae y se alegra de estar con otros. La cerveza le produce una reacción adversa, entonces mezcla nescafé con coca-cola y se renueva para volver al Hogar. Se siente culpable de sus deseos en las salidas. Al llegar, toma sus remedios y se acuesta a dormir. •

Adrián

Los astros son tu curiosidad.

Ciencia planetaria.

Fuertes designios en las vidas.

Fechas, tiempos y lugares.

De cada día y de todo sitio.

Ramiro Sepúlveda Sazo

Nació en Linares. Cuando me cuenta su historia, tiene 84 años. Sus padres murieron cuando él tenía ocho. Entonces un primo lo trajo a Santiago, a Quinta Normal, donde vivió desde los nueve años. Estudió en la escuela primaria e hizo el liceo completo. Luego comenzó a trabajar con un médico y a estudiar: sacó título de Técnico Paramédico en Veterinaria, de la Escuela de Agronomía y Veterinaria de la Universidad de Chile. Fue casado y tiene dos hijos que viven muy distantes y vienen a verlo «a lo lejos»; hace tres años que enviudó.

Trabajó luego en San Gabriel, Cajón del Maipo, Barrera Sanitaria. Luego se enfermó y debió operarse en Santiago. Convaleciente, llegó al Hogar de Cristo en 2012.

Tiene una pensión «para darse vuelta». Sale mucho por el barrio, es conocido y querido. Voluntariamente, recauda monedas para la Hospedería. Le gusta vivir aquí, ayudando en las actividades del Hogar y de la casa. Trabajó con la ex directora, «la señora Susana Tonda», en beneficio de la Hospedería y de otros centros que estaban cerrando.

Tiene buenas relaciones con todos. Recibe un modesto pago por su trabajo en el taller de madera.

Sufre de gastritis crónica, se cuida bastante, pero gasta mucho en los medicamentos que debe tomar. Aloja en el dormitorio VIP, como llaman ellos a la pieza modelo, que es sólo para cinco personas. Él enseña a los recién llegados las modalidades de la Hospedería.

Ramiro no toma, nunca estuvo viviendo en la calle. Trabajó más de cuarenta años en el Servicio Agrícola Ganadero, tiene su jubilación. •

Ramiro

*Qué grande tu escuela
Desde la sabia agricultura
a la inmensa humanidad diversa,
vives en un globo con seres
que cuidas y te cuidan cada día.*

Luis Antonio Valdebenito Román

Nació en Santiago en 1957. Siempre ha vivido en la capital, en San Diego y en los alrededores de la plaza Almagro.

Estudió hasta primero año medio. Luego salió a trabajar como maestro filetero de pescados, abridor de ostras en ferias libres y luego en la famosa rotisería «Los Ciervos», en la calle Tobalaba con Bilbao.

Se casó en la iglesia de Los Sacramentinos, es católico y está separado. Tuvo dos hijos que no ve desde hace mucho tiempo. Uno de ellos vive en Iquique, el otro en Santiago, pero no lo ve. Tiene un nieto que conoció. Su esposa dejó la casa y no supo nunca más de ella.

Sufrió un ataque epiléptico en la calle, quedó inconsciente y unos amigos y vecinos lo trajeron al Hogar de Cristo. Él no recuerda desde cuándo vive acá.

Trabaja en el taller de madera. Él es quien da el visto bueno y barniza las bandejas. Hace lo que puede en el taller.

Reconoce que se perdió por el alcohol, desde niño tomaba todo lo que podía. Después sólo whisky; ahora, nada.

Tiene el lado derecho del cuerpo paralizado desde de una trombosis que padeció. No puede caminar, sólo se mueve en silla de ruedas.

No recibe visitas, cuenta que su padre sufre de lumbago y su madre de un tumor cerebral por lo que perdió el habla. Se comunican por señas, las pocas veces que la ve. Pocas. •

Luis Antonio

*Yo te conocí en Los Ciervos
en tu oficio prolijo, perfecto,
Volverte a encontrar
es maravilloso
Intenta servirte en algo,
un premio
mil veces menor
que el tuyo a tantos.*

Humberto Francisco Vargas Aguilera ^(†)

Cuando lo entrevisto, tiene 75 años. Me cuenta que nació en Santiago, que fue académico de la Universidad de Chile, profesor de física y matemáticas, que se doctoró en Tokio, donde vivió cinco años.

Su padre y su abuelo fueron empleados en Lan Chile. Su madre trabajaba como peluquera en su casa. Tuvo dos hermanos. Cursó la educación secundaria completa, dio el bachillerato y trabajó un año en Lan Chile antes de entrar a estudiar física en la Universidad de Chile, donde muy pronto fue ayudante y luego profesor auxiliar.

Se casó con una vecina del barrio y fueron enviados a Temuco para participar de la creación de la Facultad de Medicina en esa ciudad. Tuvo dos hijos de este matrimonio. Luego recibió una invitación de una universidad japonesa para trabajar un año allá; se quedó cinco. Tuvo una hija en Japón, que hoy es monja misionera católica.

Vuelve a Chile y retoma su cargo en la Universidad de Temuco, pero en 1991 fallece su madre y decide volver a la capital. Encuentra trabajo en la Facultad de Química y Farmacia de la Universidad de Chile. Luego de la muerte de una de sus convivientes, una mujer argentina, sufrió un grave accidente en la calle. Le robaron sus pertenencias, incluido su carnet, y fue internado en la Posta Central. Allí lo atendieron y curaron, pero salió a la calle sin dinero ni identidad. Un hombre disfrazado de payaso que trabajaba en las micros del sector lo llevó al Hogar de Cristo. Allí lo dejó y sigue visitándolo cuando pasa por Estación Central.

Humberto tiene jubilación de empleado público, la que cobra regularmente.

—Don Humberto, cuénteme su relación con las ciencias.

—Son más exactos los estados probables que los ciertos; esta

idea viene de los griegos. Fijese que yo a los diez años leí a Einstein. Él sostenía que para conocer un cuerpo, hay que conocer sus partes. Yo pienso que la física es una filosofía de la naturaleza integral, más que una ciencia.

—¿Y cuál es su ciencia?

—Para los griegos las cuatro ciencias son las que vienen en forma natural; la matemática, la física, la química y la biología. Ninguna de ellas viene de forma aislada.

—Usted es profesor de física y matemáticas...

—Sí, claro, pero en el año 91 publiqué un trabajo sobre la epilepsia, sobre el dimero de amonio, que es sólo legible para los conocedores de la física nuclear.

Exactamente no sé el día ni la fecha exacta de su deceso. Sólo sé que el 11 de febrero de 2019, fue egresado de la Casa de Acogida, para volver en junio. Había vuelto a la calle, razón por la cual los monitores lo llevaron al Consultorio Los Nogales para que le hicieran exámenes y ver cómo estaba. Era día de pago, por lo que partió a cobrar su pensión. No supimos más de él. No regresó. Días después nos enteramos de que había muerto en la calle, frente a la Posta Central, probablemente de una hemorragia. •

Humberto

*Entre la física, la química, las ciencias y la vida simplemente,
fue un hombre con disfraz de payaso quien te devolvió una vida
concreta en un mundo insospechado tras las fórmulas y las
certezas
de tu mundo científico.*

*Ahora vives con muchos desconocidos antes,
ahora compañeros simplemente nada menos que de vida
Tu hija principal, la misionera por el mundo,
va iluminando a tantos de donde sean.*

**NO
SE
PUEDE
ABRIR...**



José García Ramos

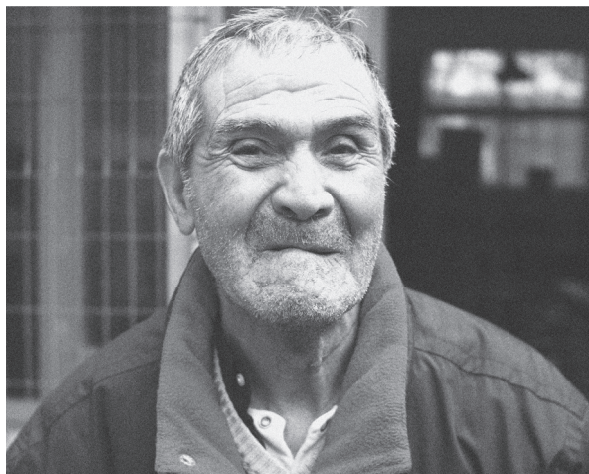
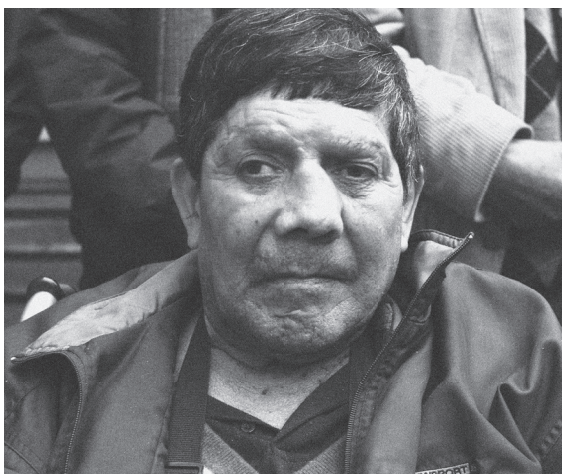


Ricardo Álvarez Seymour, «El Gringo» y Humberto Francisco Vargas Aguilera (†)

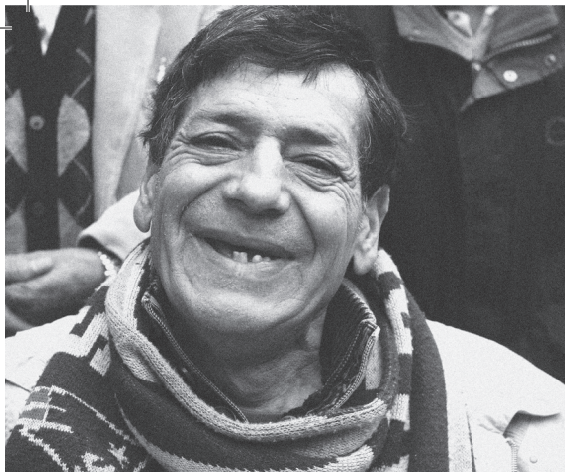
Luis Flores Núñez



Luis Antonio Valdebenito Román



Roberto Fonseca Alarcón



Juan Carlos Guzmán Castro



Geofir González Fuentes



Osvaldo Mellado Bobadilla

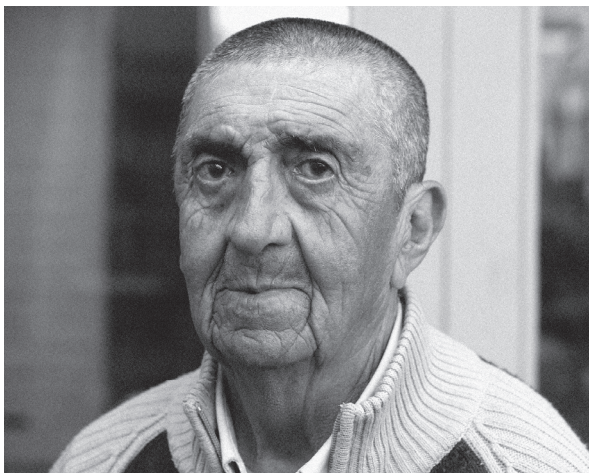


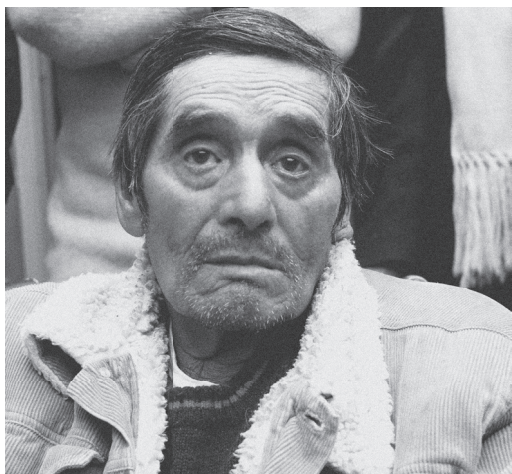
Humberto Alejandro Espejo Araya



Mario Reinaldo López Aguilera

Miguel Ángel Aranceda



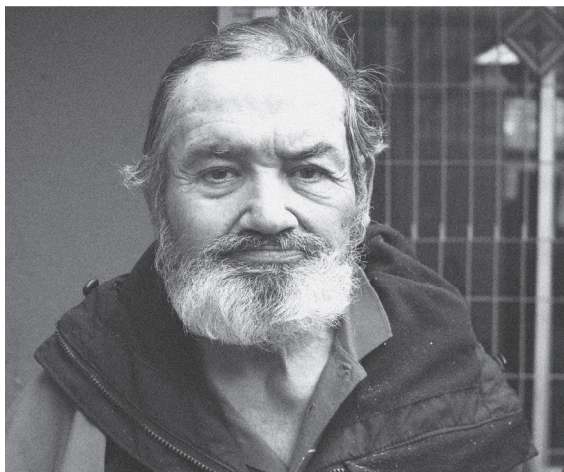


Adalio Morales Maldonado



Adrián Sazo Durán

Patricio Muñoz Díaz



Ramiro Sepúlveda Sazo





Agosto de 2019.

En la foto, parte del grupo de asistentes más fieles a los martes en la biblioteca.

De izquierda a derecha, de pie:

Patricio Muñoz, Adrián Sazo, Daniel Leiva, Roberto Fonseca, Isabel Araya, José García Ramos, Ramiro Sepúlveda, Luis Zapata, Naldo Díaz y José García Gatica.

De izquierda a derecha, sentados:

Luis Valdebenito, Juan Guzmán, Adalio Morales, Humberto Espejo y Mario López.

Ausentes: Miguel Ángel Araneda, Luis Flores, Geofir González, Ricardo Álvarez, Humberto Vargas y Osvaldo Mellado (los últimos tres fallecidos).



*Agradecemos a todos los integrantes
de la Casa de Acogida de Hombres,
en especial a Claudio Leiva, Heliana Rodríguez,
Luis Rivas y José Henríquez.*

Impreso en Santiago en los talleres de LOM,
compuesto con las tipografías
Alegreya Sans de Juan Pablo del Peral,
Reforma de Alejandro Lo Celso y
Hossier Daddy Regular de Jim Parkinson.

